

COLECCIÓN POST **1**



# LENIN HERIDO DE MUERTE POR UNA BALA EN LA ESTACIÓN FINLANDIA

Slavoj Žižek

Versión en castellano de Leopoldo Moscoso



Post:Metropolis:Polis  
(Lo que queda) después de

[www.postmetropolis.com](http://www.postmetropolis.com)



Postmetropolis Editorial

Septiembre de 2015

Traducción: Leopoldo Moscoso  
Edición técnica: Pablo Sánchez León

Diseño de la portada: Noelia Adánez González  
Logo de Contratiempo: Paula García Arizcun

Referencia electrónica:  
Slavoj Žižek, “Lenin herido de muerte por una bala en la Estación Finlandia”,  
Madrid, Postmetropolis Editorial, 2015.  
Puesto en línea el 15 de septiembre de 2015  
<<http://www.postmetropolis.com/textos/post/pos0001.pdf>>

DOI: en proceso

Este texto fue anteriormente publicado en Ediciones Contratiempo, en diciembre de 2013

[El original en inglés de este texto apareció como comentario al volumen *What Might Have Been: Imaginary History from 12 Leading Historians*, editado por Andrew Roberts, con el título “Lenin shot at Filand Station”, *The London Review of Books*, Vol. 27, Num. 16 (18 de Agosto de 2005)].

¿Por qué razón el floreciente género del *qué habría pasado si...* se ha convertido en bastión y contraseña de la historiografía conservadora? En los libros de este género de literatura histórica, el capítulo de introducción comienza normalmente con un ataque a los marxistas quienes, supuestamente, creen en el determinismo histórico. Tomemos, por ejemplo, el volumen editado por Andrew Roberts titulado: *What Might Have Been: Imaginary History from 12 Leading Historians* [“Lo que podría haber sido: historia imaginaria a cargo de doce historiadores de primera fila”], publicado por Orion en el año 2004, y al cual el propio Roberts contribuye en primera persona con un ensayo sobre el brillante porvenir que habría aguardado a la Rusia del siglo XX si Lenin hubiera recibido un disparo a su llegada a la Estación Finlandia. Uno de los argumentos de Roberts a favor de este tipo de historia es que “cualquier cosa que haya sido condenada por R. Carr, E. P. Thompson o E. Hobsbawm seguramente contenga algo que la hace recomendable”. Cree Roberts que las ideas de *liberté, égalité, fraternité* “una y otra vez han demostrado ser completa y recíprocamente excluyentes”. “Si aceptamos” –continúa su argumento– que no existe nada parecido a la inevitabilidad histórica y que nada hay predeterminado de antemano, la atonía de la política –según él una de las plagas de nuestro tiempo– quedaría erradicada, ya que en los asuntos humanos cualquier cosa es posible”.

Las cosas no son empíricamente así. Roberts parece ignorar una de las paradojas ideológicas centrales de nuestra historia moderna y contemporánea, tal y como fue formulada por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. En contraste con el catolicismo, que concebía la redención humana como una función de las buenas obras, el protestantismo insistió en la predestinación: ¿Cómo se explica, entonces, que el protestantismo calvinista funcionase como la ideología del capitalismo temprano? ¿Cómo es posible que las creencias de la gente en que su redención había sido decidida de antemano no sólo no condujeran a la atonía, sino que, al contrario, fuesen un fundamento de la más poderosa movilización de recursos nunca experimentada por el género humano?

Las simpatías conservadoras del argumento *qué hubiera pasado si...* se hacen manifiestas tan pronto como echamos un vistazo a los contenidos de las páginas de los libros de este tipo de literatura. Los temas tienden a escorar nuestra preocupación e interés hacia el *cuánto-mejor-no-habría sido-la-historia-si-algún-acontecimiento-revolucionario o radical hubiera-sido-evitado* (por ejemplo, si Carlos I de Inglaterra hubiera ganado la Guerra Civil de 1640, si los ingleses hubieran sofocado la rebelión de las colonias americanas, si la Confederación hubiera ganado la Guerra Civil Americana, si el II Reich hubiera ganado la Gran Guerra) o, con menor frecuencia, *cuánto-peor-no-habría-sido-la-historia-si-hubiera-tomado-un-rumbo-más-progresivo o radical*. Dos ejemplos de este último enfoque aparecen en el volumen de Roberts: ¿qué habría sucedido si Margaret Thatcher hubiera muerto en el atentado de Brighton en 1984?; o si el recuento de Florida hubiera dado a Al Gore como presidente de cara al 11-S (aunque en este último ensayo, escrito por el *neo-con* David Frum, cualquier pretensión de hacer historia sería abandonada a favor de la propaganda política enmascarada como sátira). No sorprende que Roberts haga referencias favorables a la novela de Kingsley Amis *Russian Hide-and-Seek*, que se desarrolla en una Gran Bretaña ocupada por la URSS.

A la vista de este panorama, ¿cuál debería ser la respuesta marxista? Esta no podría, desde luego nunca, consistir en la reedición de los plúmbeos pensamientos de Georgi Plejanov sobre “el papel del individuo en la historia” (por ejemplo, que si Napoleón no hubiera nacido, alguien

habría tenido por fuerza que desempeñar un papel similar, en vista de que el más profundo subsuelo de la *necesidad histórica* exigía la transición de la Revolución Francesa hacia el *bonapartismo*). Me siento más bien inclinado a poner en tela de juicio la premisa de que los marxistas (y los pensadores de izquierda en general) tengan, por obligación, que ser imbéciles deterministas incapaces de elaborar conjetura alguna acerca de la posibilidad de escenarios alternativos.

Una primera cosa que debemos advertir es que la historiografía del *qué hubiera pasado si...* es parte de una tendencia más general que arremete contra la narrativa lineal acerca del pasado y tiende a ver el proceso de la vida como un flujo multiforme. Las ciencias *duras* parecen haber encontrado en el carácter aleatorio e impredecible de la vida y en la posibilidad de las versiones alternativas de la realidad un motivo de preocupación obsesiva: tal y como lo plantea Stephen Jay Gould “rebobina la película de la vida y vuélvela a poner: la historia de la evolución será completamente distinta”. Esta percepción de nuestra realidad como sólo uno de los muchos posibles desenlaces de una situación “abierta”, la noción de que otros desenlaces posibles continúan poniendo nuestra “verdadera” realidad en una situación incómoda, confiriéndole ese rasgo de extrema fragilidad y contingencia, no es de ningún modo ajena al marxismo. De hecho, en ella se apoya precisamente la sentida urgencia de la acción revolucionaria.

Puesto que la no verificación de la Revolución de Octubre es uno de los temas favoritos de los historiadores del *qué habría pasado si...*, merecerá la pena echar un vistazo a cómo el propio Lenin se relacionó con la *contrafactividad* histórica. Su visión se encontraba bien alejada de cualquier complicidad con la *necesidad histórica*. Fueron, al contrario, sus oponentes mencheviques los que insistieron en la imposibilidad de eludir ninguna de las fases de desarrollo prescritas por el determinismo histórico: primero tenía que venir la revolución democrático-burguesa, después la revolución proletaria. Cuando –en sus *Tesis de Abril* de 1917– Lenin declaró que la coyuntura que se abría era la genuina *Augenblick*, la oportunidad única para poner en marcha una revolución, su propuesta fue en un principio recibida con estupor o incluso con desdén por una amplia mayoría de sus camaradas de partido. Pero Lenin había entendido que la

oportunidad se presentaba como el precipitado de una combinación única de circunstancias: si el momento no era aprovechado, las posibilidades se echaban a perder tal vez para no volver a presentarse en décadas. En todo caso, Lenin tenía en mente un escenario alternativo: ¿qué pasará si no actuamos ahora? Era precisamente su conciencia de las catastróficas consecuencias del no actuar lo que le impelía a actuar.

Pero hay un compromiso incluso más profundo con los cursos alternativos de la historia en la visión marxista radical. Para un marxista radical, la historia real que vivimos es ella misma la realización de una historia alternativa: estamos condenados a vivir en ella porque, en algún momento del pasado, no fuimos capaces de aprovechar el momento. En una excelente lectura de las *Tesis sobre la Filosofía de la Historia* de Walter Benjamin (que Benjamin nunca publicó), Eric Santner elaboró la noción de que las intervenciones revolucionarias del presente repiten (esto es, redimen) los intentos fallidos del pasado. Estos intentos cuentan como “síntomas” y pueden ser retroactivamente redimidos mediante el “milagro”, en sus palabras, de la acción revolucionaria. No son tanto “acciones caídas en el olvido”, dice, cuanto “actos fallidos que habíamos olvidado, intentos fracasados de *suspend*er la fuerza de los vínculos sociales que inhiben los actos de solidaridad con *los otros* de toda sociedad: los síntomas, añade, son el registro no solo de los intentos revolucionarios que fracasaron en el pasado sino, más modestamente, de los *fracasos* pasados *para responder* a las exigencias de acción o incluso de empatía con aquellos cuyo sufrimiento en algún sentido pertenece a la forma de vida de la cual uno mismo es parte. Guardan el sitio de algo que está *ahí*, que *insiste* sobre nuestra vida, aunque esta no haya nunca alcanzado plena consistencia ontológica. Los síntomas son así, en algún sentido, los archivos virtuales de lo anulado, de lo negado, del vacío –o, tal vez mejor así, parapetos contra todas las *nadas*– que persisten en la experiencia histórica”.

Para Santner, estos síntomas pueden también tomar la forma de perturbaciones de la vida social “normal”: por ejemplo, se manifiestan en la participación en los obscenos rituales de una ideología dominante. Desde esta mirada, la *Kristallnacht* –un estallido medio organizado y medio espontáneo de ataques violentos sobre las viviendas, las sinagogas, los

comercios o los cuerpos de judíos en la Alemania nazi— se convierte en uno de los carnavales *rabelaisianos* descritos por Mijail Bajtin, un síntoma cuya furia y violencia lo revelaban como un intento de “levantar una defensa”, de formar un muro de contención, una cortina o disfraz detrás de los que esconder un fracaso anterior para intervenir eficazmente en la crisis social de la Alemania de entreguerras. En otras palabras, la propia violencia del *progrom* es en este caso la prueba de la posibilidad de una revolución proletaria auténtica, y su excesiva exuberancia y energía un indicador de la reacción a una comprensión (inconsciente) de la oportunidad perdida. ¿Y no esconde, de igual modo, la última fuente de *Ostalgia* (nostalgia del pasado comunista)<sup>1</sup> entre muchos intelectuales (y gente ordinaria) de la extinta República Democrática de Alemania un deseo insatisfecho no tanto del pasado comunista, sino más bien de lo que ese pasado podría haber sido, de la oportunidad perdida de crear una Alemania diferente, alternativa?

También los estallidos de violencia neo-nazi en el post-comunismo pueden entenderse como sintomáticos abscesos de cólera que ponen en evidencia el saber de las oportunidades perdidas. Una situación que encuentra un fuerte paralelismo en la vida psíquica del individuo: exactamente de igual modo que la conciencia de una oportunidad privada echada a perder (por ejemplo, la satisfactoria consumación de una relación amorosa) a menudo deja sus huellas en forma de ansiedades irracionales, migrañas y ataques de furia, así también el vacío dejado por una oportunidad revolucionaria perdida puede traducirse en una irracional voracidad destructiva.

La dimensión del *qué habría pasado si...* se encuentra en el núcleo del proyecto revolucionario del marxismo. En sus irónicos comentarios a la Revolución Francesa, Marx contrapuso el sobrio despertar de *la mañana después* al entusiasmo propio de la efervescencia revolucionaria de *la noche antes*: el verídico desenlace de la sublime explosión revolucionaria que prometía *liberté, égalité, fraternité* es el miserable universo egoísta y utilitario del cálculo de mercado (una fractura esta que fue incluso mayor en el caso de la Revolución rusa de Octubre). Pero la observación hecha por

---

<sup>1</sup> Juego de palabras en alemán en el original en inglés. *Ostalgie* viene de *Osten*, que designa el Este cardinal en alemán [N. del T.]

Marx no puede quedar reducida a ese lugar trillado del sentido común que dice que la vulgar realidad del *doux commerce* acaba siendo “la única verdad de la teatral puesta en escena del entusiasmo revolucionario”, pues en tal caso no se entendería a qué tanto alboroto. En la explosión revolucionaria, se vislumbra otra dimensión de la utopía, la de la emancipación universal, que de hecho representa todos los “excesos” traicionados por la realidad del mercado que toma el poder en el sobrio despertar de *la mañana después*. Esos excesos no quedan sin embargo simplemente abolidos ni descartados como irrelevantes, sino que son transferidos a un estado virtual, como una suerte de sueño que permanece a la espera de hacerse realidad.

El reputado intelectual marxista de origen esloveno reflexiona en esta crítica de libros sobre la función y la genealogía de los razonamientos contrafácticos, herramientas indispensables en la producción de conocimiento histórico que, no obstante, han de formar parte de esquemas de transformación política para fructificar.